

XV Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea: “La Historia habitada”

(Córdoba, 17-19 de septiembre 2020)

Taller nº 34: *La utopía habitada: espacios utópicos y distópicos en la Historia contemporánea*
(coords.: Francisco Martínez Mesa y Juan Pro)

Construir un falansterio: la aventura de Tempul (Cádiz, 1841) y nosotros

Juan Pro

Grupo HISTOPIA, Universidad Autónoma de Madrid – EEHA Sevilla, CSIC

RESUMEN: Los seguidores de Charles Fourier constituyeron un primer movimiento socialista, extremadamente original e innovador, nacido del mismo entorno social y cultural en el que floreció el liberalismo revolucionario. Aquel movimiento proponía una transformación utópica del mundo que se habría de materializar en un objeto y un lugar concreto, la fundación de un *falansterio*, ambiciosa idea nunca realizada, que era a la vez una comunidad ideal y un palacio para que viviera el pueblo. En España, la idea arraigó con fuerza en Cádiz en la primera mitad del siglo XIX, donde se formó un grupo fourierista que seguía las enseñanzas de Joaquín Abreu. Tal grupo intentó tempranamente fundar en las inmediaciones de Jerez de la Frontera -en Tempul- algo parecido a un falansterio tal como lo describía Fourier. Esto sucedía en 1841, bajo el liderazgo de Manuel Sagrario de Veloy. Y el proyecto consistía más bien en crear una comuna de inspiración fourierista con carácter provisional, en tanto no se pudiera completar la utopía con la edificación de un verdadero falansterio. Se conocen algunas de las vicisitudes de este proyecto, que no llegó a realizarse ni siquiera en su primera fase; y se desconocen otras. Se sabe que después del fiasco de Tempul se intentó de nuevo la fundación de una comunidad alternativa fourierista en Cartagena, intento igualmente fallido; y que el grupo gaditano no volvió a intentarlo, aunque se mantuvo vivo hasta los años sesenta, impulsando la publicación de cinco periódicos sucesivos para difundir sus ideas, en medio de las dificultades que imponía la represión contra las ideas demócratas y socialistas. La idea de fundar un falansterio no volvió a reeditarse en España, más allá de un posible intento -también fugaz y fallido- en Castilla en los años del Sexenio Revolucionario. Queda, por tanto, la intentona de Tempul de 1841 como la más importante realizada en España y una de las primeras del mundo, por lo que merece ser analizada en profundidad a partir de los documentos conservados.

El proyecto de falansterio en el sur de España puede compararse con otros intentos similares que se produjeron en varios lugares de Europa, América y África por la misma época o poco después. También puede -y debe- situarse en el marco del desarrollo del Partido Demócrata y de las raíces del socialismo español, que tomaría después otros derroteros. Pero, sobre todo, merece la pena evaluarla como utopía de futuro: preguntarse qué era lo que ofrecía a los andaluces y las andaluzas del siglo XIX, qué les pudo mover a intentar su realización, y qué tipo de enseñanza o de mensaje ha dejado aquella aventura para la posteridad.

Los seguidores de Charles Fourier constituyeron un primer movimiento socialista, extremadamente original e innovador, nacido del mismo entorno social y cultural en el que floreció el liberalismo revolucionario. El marco cultural que hizo posibles ambos movimientos fue el romanticismo, razón por la que algunos autores se han empezado a referir a aquel primer socialismo como “socialismo romántico”; otros le siguen llamando “socialismo utópico”, con la etiqueta que crearon Marx y Engels, a pesar de la evidente intención denigratoria o de descalificación que el sobrenombre tenía en aquel contexto. Sea cual sea el término que elijamos para referirnos a Fourier y a los fourieristas -junto a Saint-Simon, Owen, Cabet y los seguidores de todos ellos-, resultan evidentes dos cosas:

- 1) Que sus planteamientos contenían una *utopía* en el sentido más estricto del término: es decir, un proyecto de sociedad ideal para el futuro, radicalmente distinta de la sociedad de su tiempo y, por lo mismo, de muy difícil o imposible realización (por lo que no sería desacertado llamarles socialistas *utópicos*).
- 2) Que la forma idealizada, apasionada, optimista y dramática de concebir la transformación de la sociedad en la que vivían y de luchar por ella es inseparable del romanticismo y de su régimen emocional (por lo que tampoco sería desacertado llamarles socialistas *románticos*).

Aquel movimiento proponía una transformación utópica del mundo basada en el análisis de Charles Fourier: se trataba de eliminar el conflicto y el sufrimiento entre los seres humanos, organizando la sociedad de manera que cada uno pudiera ejercer sus impulsos naturales sin cortapisas, y que los impulsos de todos se complementaran mutuamente dando lugar a un equilibrio. Más que una sociedad, de lo que se trataba era de lograr una comunidad, restaurar los vínculos comunitarios que el capitalismo había roto, pues en ausencia de tales vínculos se producía esa forma de malestar colectivo que dominaba la época, producto de la conflictividad y la tensión social (el llamado “problema social”). Muchos utopistas y muchos socialistas de la época buscaron las formas de restablecer la armonía, lo que no siempre significaba buscar una completa igualdad; pero sí moderar la desigualdad y hacer que esta resultara legítima y aceptable para quienes la experimentaran. Una de las tesis que quiero sostener en esta ponencia y que pongo a debate del taller es la de que las diversas formas de restablecimiento de la armonía social que idearon los socialistas utópicos -o socialistas románticos- en el siglo XIX pasaban por su concreción en un espacio físico (geográfico: una localización); por lo que, paradójicamente, **la utopía solo podía enunciarse haciendo referencia a su materialización en un lugar concreto**, en contra del sentido etimológico del término utopía (como no-lugar, *ou-topos*).

La estrategia que practicaron varios de estos socialistas utópicos -como el propio Fourier- fue la de una **expansión geográfica concéntrica de carácter gradual, contagiándose el modelo de forma viral a partir de una punto fundacional**. Trataban de crear comunidades modélicas inspiradas por los nuevos principios organizativos que ellos propugnaban. El valor modélico de las comunidades pioneras se basaba en la excelencia de las ideas sobre las que se debía fundar, de tal manera que el éxito del resultado se consideraba asegurado: la mera constatación de cómo se habían superado todos los problemas que laceraban al resto de la sociedad aseguraría la imitación y la consiguiente reproducción del modelo ad infinitum. El mundo cambiaría así, por la extensión pacífica del modelo representado por unas pocas comunidades alternativas. Se entiende el por qué de la importancia de fundar comunidades concretas localizadas sobre el terreno, para que sus virtudes pudieran ser apreciadas por los vecinos y visitantes mediante la observación *in situ*.

En el caso de los fourieristas, esa comunidad ideal la pensó detenidamente el propio Fourier, quien la describió en sus escritos con extraordinaria precisión y detalle. El plan de Fourier confiaba en la asociación como solución para el problema social: un tipo de asociación

pensada para que las personas puedan llevar una vida enteramente libre y feliz. Para ello, en lugar de reprimir los impulsos naturales de hombres y mujeres, hay que valorarlos como algo positivo, estudiarlos y organizar las cosas de manera que los diferentes temperamentos y las diferentes pasiones humanas se combinen, equilibren y complementen entre sí. La base para esta organización es esa comunidad ideal que Fourier llamó unas veces *falansterios*, otras *falanges*, *remolinos* o *tribus*, aunque fue el primer nombre el que tuvo más éxito posterior, tanto entre sus seguidores como entre sus detractores, quizá por el eco que el falansterio tiene de la palabra *monasterio*, otro tipo de comunidad cerrada ideal con el que frecuentemente ha sido comparado.

El falansterio lo describe Fourier como una comunidad de unas 1600 a 1800 personas, que conviven en un complejo arquitectónico que les permite poner en común su trabajo y sus recursos para sacarles más provecho. Los habitantes, llamados *armonistas* o *trabajadores asociados*, tienen asegurado en el falansterio su sustento, vivienda, vestido y todo lo necesario. La miseria está abolida, gracias a las economías de escala que resultan de la cooperación, economías que asegurarían la prosperidad de estas comunidades básicamente agrícolas, pero que asegurarían también, por el mismo principio, un crecimiento económico ordenado del conjunto de la humanidad, capaz de liberarla del temor a la escasez. El crecimiento vendría no solo de las ventajas de la cooperación, sino también de la motivación en el trabajo, ya que al facilitar a cada persona la dedicación para la que se sienta más inclinada por sus capacidades, todas las tareas se harían con gusto, como la práctica de una afición, y se pondría en ellas cuidado y ahínco. En el falansterio el trabajo es un placer que enriquece al que lo desempeña; y para evitar la monotonía que podría causar disgusto incluso en el más bello de los trabajos, se ofrece la posibilidad de cambiar de tarea cada dos horas, de manera que se reanimen el interés y el celo. Organizados los falansterios en *grupos* y en *series*, lo que se establecería sería una competencia creativa y pacífica, por la cual el trabajo se haría más productivo. Y Fourier confiaba ciegamente en que este nuevo régimen de vida y de alimentación produciría incluso cambios orgánicos en el cuerpo de hombres y mujeres, transformándolos en una especie superior mucho más fuerte.

A esto se añadía un mecanismo de distribución de la riqueza basado en el reparto de dividendos entre los asociados. Los dividendos retribuyen el trabajo, el capital y el talento, en proporción a la utilidad que producen y en razón inversa a la atracción (es decir, que se retribuyen mejor aquellos trabajos menos atractivos y peor los que ya remuneran de por sí el trabajador por la satisfacción que le generan). Y se añade también un mecanismo de gobierno, al que Fourier da poca importancia, basado en una jerarquía de autoridades rotatorias y móviles, dotadas de poca autoridad: más que un verdadero sistema de poder, parece una fórmula de administración cotidiana.

En un mundo así, los conflictos armados habrán desaparecido por sí solos y reinará la armonía, cuidadosamente planificada por Fourier al analizar los tipos de pasiones que anidan en el corazón de los hombres y de las mujeres, y establecer el número exacto de personas de cada tipo que debería haber en cada falansterio para evitar desequilibrios o conflictos. Sólo la emulación creativa recordaría la idea de competencia. Pero nunca esta competencia se dirimiría ya por la violencia; de hecho, Fourier llegó a imaginar confrontaciones gastronómicas entre comunidades y entre países cuando quisieran medirse unos con otros, confrontaciones ideales que culminarían en la gran batalla de repostería que serviría para dirimir el choque entre los imperios. Y es que la gula, como la lujuria, se encuentran entre las pasiones que Fourier rescata de la represión universal a la que las han condenado las religiones y los moralismos caducos.

Puesto que las pasiones las ha creado Dios -dice Fourier, que nunca se declaró ateo ni agnóstico-, son naturales, son legítimas, y sería una impiedad el ofrecerles resistencia. La verdadera sabiduría consiste en sucumbir a la atracción de las pasiones, brújula permanente que Dios ha puesto en cada ser humano para orientarlo. Por eso, por ejemplo, diseña para el

falansterio un sistema educativo basado en permitir a los niños expresar libremente sus impulsos. Por lo mismo, en el falansterio se estimula y se honra la glotonería, necesaria para dar salida a los productos de una economía cada vez más eficaz, evitando el espectro de las crisis de subconsumo. Y por lo mismo, también, la libertad sexual es una norma básica de los falansterios: la pasión del amor no debe ser cortada ni escondida, sino estimulada. Cada hombre y cada mujer deben tener relaciones sexuales con tantas personas como quieran, es no solo un derecho, sino un deber impreso en el ser humano por Dios al dotarle del deseo sexual. El falansterio es, pues, una comunidad promiscua, aunque ordenada, ya que se clasifican las relaciones de pareja en varios tipos a los que se da distinta validez legal; y así hay en el falansterio esposos y esposas, padres y madres, favoritos y favoritas, y cada uno de estos títulos conlleva un cierto grado de compromiso, fidelidad y derecho a la herencia.

La recepción del pensamiento de Fourier en todo el mundo se hizo más bien a través de discípulos mucho más conservadores que el propio maestro, discípulos que descargaron a las propuestas fourieristas del formidable impulso de emancipación original. Eso pasó también en España. No sabemos hasta qué punto este rebaje de las aristas del pensamiento de Fourier se debió a convicciones conservadoras de los propios fourieristas o a cálculos estratégicos sobre las posibilidades de conseguir adeptos y evitar confrontaciones. Pero, dado el limitado éxito que tuvo el movimiento, podemos preguntarnos si no hubiera sido mejor utilizar el pensamiento completo del maestro, apostar fuerte por un cambio que llegara hasta los fundamentos mismos del comportamiento humano, y tal vez así, andando el tiempo, el cambio de costumbres y de principios morales hubiera llevado a una recuperación posterior del proyecto.

El propio Fourier, que era sin duda un utópico con todas las letras, pensó que para fundar el primer falansterio, aquel que serviría de modelo para irse luego extendiendo hasta que la fórmula cubriera todo el globo, bastaría con esperar a que apareciera un mecenas benévolo que facilitara la puesta en práctica del proyecto. El mecenazgo era imprescindible, dado que el falansterio requería de unas tierras de cultivo relativamente extensas que debían ser compradas y roturadas antes de empezar a dar fruto; y requería también de un esfuerzo constructor verdaderamente importante. De hecho, el falansterio era ese complejo arquitectónico perfectamente diseñado en el que viviría la falange entera, en medio de sus campos cultivados y al borde de un río. Tanto las representaciones gráficas como las descripciones escritas del falansterio nos convencen de que la tipología constructiva de referencia era la del palacio: un palacio más utilitario que lujoso, pero en definitiva un palacio. **La utopía fourierista consistía en hacer que las personas corrientes pasaran a vivir todas en palacios** comparables a los que hasta entonces habían albergado a las grandes familias de la realeza o de la aristocracia.

Pero construir tales palacios y dotarlos de medios para sostenerse requeriría una gran inversión inicial. Fourier confiaba en que apareciera una persona con riqueza o con poder político suficientes para poner en marcha el proyecto. De hecho, escribió cartas invitando a que patrocinaran su falansterio a personas como el rey de Francia, Luis Felipe de Orléans, el reformador británico Robert Owen, la esposa de Lord Byron, Chateaubriand, George Sand, o, en América Latina, Simón Bolívar, el Doctor Francia y el presidente haitiano Jean-Pierre Boyer. Ninguno aceptó la invitación; ni respondió nadie al anuncio que puso, ya a la desesperada, en la prensa de París, en 1826-27, diciendo que estaría todos los días a las 12 en su casa de Montmartre para recibir al hombre ilustrado que estuviera dispuesto a poner el millón de francos que se necesitaban para fundar el primer falansterio. Durante diez años cumplió religiosamente con ese ritual de la espera, convencido de que el benefactor aparecería; tal era la confianza de Fourier en la bondad del ser humano. Pero murió en 1837 sin haberlo conseguido.

Posteriormente se intentaría muchas veces poner en marcha una comunidad similar a la que Fourier había concebido. De hecho, se crearon multitud de comunidades inspiradas por

los principios fourieristas en Europa, América e incluso en África. Pero ninguna tuvo el tamaño ni el rigor organizativo que había previsto el maestro. Fueron todas comunidades preparatorias o aproximativas, que dejaban para otro momento la difícilísima fundación de un verdadero falansterio. Esto ha continuado así hasta nuestros días: **nunca se ha creado un falansterio como los que ideó Fourier**; la ambiciosa idea de crear una comunidad perfecta que ofreciera una alternativa al capitalismo y alojarla en un palacio ha quedado hasta la actualidad en utopía no realizada. La palabra *falansterio*, corriendo de boca en boca (sobre todo por las sucias bocas de sus detractores) ha tenido mucho más éxito que el plan en sí.

En España, las ideas de Fourier arraigaron en la primera mitad del siglo XIX en Cádiz, donde se formó un grupo fourierista que seguía las enseñanzas de Joaquín Abreu; este había vivido en Francia, donde había tenido contacto directo con los fourieristas y tal vez con Fourier mismo, convirtiéndose en un transmisor de sus ideas hacia España; los escritos de Abreu y de su grupo han sido estudiados como manifestación de uno de los primeros focos socialistas de la Península Ibérica. Luego, el grupo gaditano evolucionó en un sentido muy creativo, pues llegó un momento en que su acción descansó fundamentalmente sobre un conjunto de mujeres que, además de sostener sucesivamente cinco publicaciones periódicas fourieristas entre 1856 y 1866, dieron a la luz el que probablemente sea el primer manifiesto feminista en lengua castellana: *La mujer y la sociedad* (1857), obra nacida también de la inspiración que el pensamiento de Charles Fourier proporcionaba para pensar de una manera nueva las relaciones de género. Entre uno y otro momento, sin embargo, entre la aparición de los primeros escritos fourieristas españoles del doctor Abreu -que podemos situar en torno a 1835- y las empresas periodísticas de las mujeres fourieristas -ya en los años cincuenta y sesenta del siglo XIX-, el esfuerzo del movimiento fourierista en Andalucía se dirigió hacia un objetivo más ambiciosa, como fue el de crear un falansterio conforme a las enseñanzas de Fourier. Esto sucedió en Jerez de la Frontera (Cádiz) muy pronto, en 1841; teniendo en cuenta que Fourier había muerto en 1837 y que por entonces no se había conseguido edificar falansterio alguno en el mundo, **la iniciativa de los fourieristas gaditanos tiene un valor doblemente utópico, por pretender hacer realidad en Andalucía el primer ejemplo de la sociedad armónica del futuro**. El intento español de 1841 pertenecería a una primera oleada de intentos más o menos fallidos de crear falansterios en Francia, Brasil, Argelia, México, Argentina y Estados Unidos. Pero ninguno llegó a alcanzar el tamaño ni la estructura que Fourier había previsto.

El sitio elegido para fundar el falansterio español era El Tempul, al norte del término municipal de Jerez de la Frontera (del que hoy se halla segregado, perteneciendo a San José del Valle). El lugar se consideraba apropiado por disponer de un manantial que aseguraba el abastecimiento de agua (de hecho, allí construyeron los romanos el mayor acueducto de Hispania, el "Cannus de Hércules", para abastecer a Gades; luego, desde 1864, funcionó un acueducto moderno para proporcionar agua a Jerez; y desde 1922 se creó el embalse de Guadalcaín, ampliado y reformado en 1993). La Comisión que creó la Diputación Provincial para evaluar el proyecto decía en su informe que "si el edén de los habitantes fuera posible, sólo se encontraría en el sitio que se pretende formar esa población", que describía como un lugar de abundancia llamado a sostener la felicidad de sus futuros habitantes, con ecos de Paraíso.

Que Tempul perteneciera a los propios de Jerez de la Frontera facilitaba la disponibilidad de terrenos para construir la nueva comunidad: dependería solo del beneplácito de la corporación municipal de Jerez, por entonces se hallaba en manos de los liberales revolucionarios que dominaban el poder desde el levantamiento progresista de 1840 y que simpatizaban con el proyecto y con sus promotores. De hecho, el Ayuntamiento de Jerez cedió enseguida las 40 000 ha de tierra sobre las que se pretendía asentar el falansterio.

La **reflexión sobre la importancia de la ubicación espacial de los experimentos utópicos** puede alargarse hacia el pasado, relacionando el valor estratégico de la posición de Tempul con el hecho de que allí existiera un castillo árabe del siglo XII -ya en ruinas por entonces- y hacia la

posteridad, pues en el siglo XX el lugar fue elegido para situar el cuartel del ejército “Fernando Primo de Rivera”, que funcionó entre 1917 y 1992.

El impulsor del proyecto fue Manuel Sagrario de Beloy, un financiero de origen zamorano instalado en Cádiz. Fue él, aunque en proporción modesta, quien finalmente encarnó el mecenas del falansterio que Fourier había esperado en vano; o, como él mismo dijo de sí, el “sacerdote de la humanidad”. Pues se ofreció a aportar los medios para constituir un falansterio en el paraje de Tempul. El 10 de diciembre de 1841 presentó a la Diputación Provincial de Cádiz la correspondiente solicitud para que acogiera el proyecto “bajo su protección”. La exposición no mencionaba en ningún momento ni a Charles Fourier ni el término “falansterio”, sino nociones mucho más vagas. De hecho, lo que se pedía era permiso para crear una *nueva población*, aludiendo a la necesidad de “poblar los muchos desiertos que hay en la nación”. El proyecto enlazaba así con la **tradición del mito reformador de las Nuevas Poblaciones** de Carlos III y Pablo de Olavide, muy arraigado entre los liberales españoles. No obstante, en la cláusula 4ª se mencionaba la posibilidad de “adoptar aquellos principios socialistas que aconseje la prudencia”.

La polémica estalló inmediatamente, por las denuncias contra el proyecto socialista que hizo el periódico *El Conservador*. Esta polémica debe ser interpretada en el contexto político del trienio esparterista (1840-43), el derrocamiento de la reina madre María Cristina y su camarilla corrupta y reaccionaria: la propuesta de Sagrario de Beloy en Andalucía podía ser lanzada contra el nuevo gobierno progresista como una muestra del despropósito de anarquía y socialismo en el que supuestamente iba a sumir al país. Esto obligó a Sagrario de Beloy a dirigirse personalmente a Espartero para que se pusiera de su parte: el 10 de febrero de 1842 le dirigió al regente una exposición, dándole cuenta de la que había elevado a la Diputación, ofreciéndose a viajar a Madrid para exponerle en persona los detalles del proyecto, y pidiéndole que fueran las Cortes las que aprobaran por Ley la fundación del falansterio. El carácter utópico no se les puede negar: dirigirse a Espartero, conociendo la trayectoria e ideas del general, está a la altura de las misivas que había dirigido el propio Fourier en busca de mecenas a personajes tan poco proclives al socialismo como Luis Felipe, Bolívar o el Doctor Francia.

En la exposición al Regente de 1842, Sagrario de Beloy desveló con mayor claridad la inspiración fourierista de su proyecto, al cual llamó ya “falansterio”, apelando a la obra del “inmortal Fourier” y a su carácter benéfico y pretendidamente apolítico. Al hacerlo, se cuidó de resaltar que “su organización económica rechaza la comunidad de bienes” y “su sistema familiar anatémiza la promiscuidad de mujeres”. Es decir, se defendía de las dos acusaciones básicas con las que sus detractores pretendían desprestigiarlo. Como réplica, presentaba a Espartero un *Proyecto de Ley para formar una nueva población palacio*. El proyecto autorizaba al promotor para crear una sociedad por acciones con un capital de 20 millones de reales, con la cual fundar en Tempul o en cualquier otro lugar que parezca más adecuado, una “nueva población [que] deberá ser un palacio por el tipo de un falansterio”.

Tanto la Diputación Provincial de Cádiz como la Sociedad Económica de Amigos del País de aquella ciudad, a la que se solicitó su dictamen, se mostraron favorables al proyecto de Sagrario de Beloy (diciembre, 1841). Sin embargo, el Gobierno no lo autorizó: la exposición al Regente del Reino no tuvo respuesta, ya que por más que se negase el carácter comunista y promiscuo de la nueva población, el tono utópico del escrito lo hacía incompatible con la visión del mundo del general, de orden burgués. Espartero no solo no presentó en las Cortes el Proyecto de Ley, sino que el proyecto mismo quedó abortado. De aquel descarrilamiento se hizo eco con regocijo el diario católico *La Esperanza*, cuando unos años después se refirió a Sagrario de Beloy y a su proyecto de falansterio, en el que quiso empeñar su fortuna personal. Y como el Gobierno le negó lo que pedía, -sigue diciendo *La Esperanza*-, se fue a Cartagena, donde se arruinó intentando de nuevo poner en marcha el falansterio.

De la reformulación del fourierismo que estaba implícita en los proyectos de crear falansterios en Jerez y en Cartagena nacieron los primeros brotes del socialismo democrático español, en los que figura Fernando Garrido -antiguo fourierista- como engarce entre un mundo y otro. La fundación del PSOE, solemnizada en 1879, pero procedente de un periodo de tanteos y acercamientos desde el Sexenio Revolucionario (1868-76), se hizo en un ambiente de eclecticismo que, al igual que rebajaba las aspiraciones de un pensamiento utópico como el de Fourier, rebajaba también las de un marxismo que se recibía con altas dosis de simplificación y de esquematización. La opción oficial por el marxismo primó desde los tiempos de Pablo Iglesias (Posse) hasta los de Felipe González. Pero, desarmado ideológicamente, el socialismo español no fue capaz de recuperar sus raíces y buscar inspiración en las ideas que habían impulsado su fundación y sus primeros pasos, quedando así a la deriva, sin ideas y sin rumbo.

Por el camino había dejado tradiciones que le pertenecían, particularmente la fuerza original de la utopía de Fourier y de su aspiración a una emancipación integral del individuo y de la sociedad, en la cual figuraba en lugar preponderante la pasión como fuente del vínculo social. Tal vez, si los realistas de la política encuentran ridículas las formulaciones concretas de pensadores como aquellos, en quienes no ven más que “los fuegos artificiales de la historia”, podrían limitarse a rescatar de ellos la necesidad de construir utopías para tener motores de transformación de la realidad, artefactos capaces de orientar nuestros pasos hacia metas que pueden ser inalcanzables, pero que señalan una dirección a seguir.

El lugar de Tempul permanece como testigo mudo de una utopía que se quedó al margen del camino que siguieron tanto el socialismo europeo como el español en concreto. El emplazamiento exacto donde al parecer se iba a ubicar la comunidad fourierista ha quedado sumergido bajo las aguas del embalse de Guadalcaén II. Los intentos de rescatar la memoria del sueño del falansterio han acabado por lo general en fracasos similares al original, como ocurrió con la página web *Tempul Utopía*, anunciada en 2017 por su autor (el fotógrafo Pablo Martínez Cousinou) pero eternamente en construcción. Basilio Martín Patino, en su serie televisiva “Andalucía: un siglo de fascinación” dedicó al proyecto del falansterio de Tempul el capítulo 7, titulado *Paraísos* (1996): magnífica evocación, con Antonio Miguel Bernal haciendo de sí mismo en una actuación estelar; pero con tal mezcla de documental y de ficción que el espectador no consigue hacerse idea de dónde empieza una ni dónde acaba otra. Actualmente El Tempul sólo se conoce por estar allí el parque zoológico de Jerez -con más de un siglo de antigüedad-, donde pueden contemplarse animales exóticos (pero no fourieristas viviendo en régimen de falansterio).